

la infantería no podía adquirirles un gran renombre (33). Preferían la caballería, cuya cantidad proporcionaban á los recursos del país que había de alimentarla, y en el que era tanto más honrada cuanto más fácil era su mantenimiento. Las cosas habían llegado al punto que, en un ejército de veinte mil hombres, no se contaban dos mil infantes (34).

Habían tomado además todos los medios posibles, para desterrar de sus soldados y de sí mismos la fatiga y miedo, introduciendo el uso de no matar en las refriegas, sino de hacer en ellas prisioneros, sin degollarlos (35). De noche los de las tiendas no iban á acampar en las tierras, y los de las tierras no volvían á las tiendas; no hacían fosos ni empalizadas al rededor de su campo, ni se acampaban durante el invierno. Todas estas cosas permitidas en su disciplina militar, se habían imaginado por ellos, como lo hemos dicho, para ahorrarles algunas fatigas y peligros (36). Pero con estas precauciones, condujeron la Italia á la esclavitud y envilecimiento (37).

[33] ¡Miserable! ¡lastimoso!

(34) Carece de sentido común. ¡Y los alaban! G.

(35) ¡Cobardía! ¡incedad! acuchillar, hacer añicos, despedazar, aniquilar, aterrar, etc.

(36) Y es menester hacer lo contrario, cuanto es posible, para tener buenas tropas. G.

(37) Esto debía suceder necesariamente. G.

CAPITULO XIII

DE LOS SOLDADOS AUXILIARES, MIXTOS Y PROPIOS

Las armas auxiliares que he contado entre las inútiles, son las que otro Príncipe os presta para socorremos y defenderos (1). Así, en estos últimos tiempos, habiendo hecho el Papa Julio una desacertada prueba de las tropas mercenarias en el ataque de Ferrara, convino con Fernando, Rey de España, que éste iría á incorporársele con sus tropas. Estas armas pueden ser útiles y buenas en sí mismas (2); pero son infaustas siempre para el que las llama; porque si pierdes la batalla, quedas derrotado, y si la ganas, te haces prisionero suyo en algún modo (3).

Aunque las antiguas historias están llenas de

(1) ¡Inútil! es mucho. Imaginar el medio de infundirles la idea de una incorporación con sus propias armas, por medio del estratagema de una confederación ó agregación al gran imperio. R. C.

(2) Esto me basta. R. C.

(3) Mi sistema de alianza debe precaver estos dos inconvenientes. R. C.

ejemplos que prueban esta verdad (4), quiero detenerme en el de Julio II, que está todavía muy reciente. Si el partido que él abrazó de ponerse todo entero en las manos de un extranjero, para conquistar Ferrara, no le fué funesto, es que su buena fortuna engendró una tercera causa, que le preservó contra los efectos de esta mala determinación (5). Habiendo sido derrotados sus auxiliares en Ravena, los suizos que sobrevinieron, contra su esperanza y la de todos los demás, echaron á los franceses que habían ganado la victoria. No quedó hecho prisionero de sus enemigos, por la única razón de que ellos iban huyendo; ni de sus auxiliares, á causa de que él había vencido realmente, pero con armas diferentes de las de ellos (6).

Hallándose los florentinos sin ejército totalmente, llamaron á diez mil franceses para acudirlos á apoderarse de Pisa; y esta disposición les hizo correr más peligros que no habían encontrado nunca en ninguna empresa marcial.

Queriendo oponerse el Emperador de Constantinopla á sus vecinos, envió á la Grecia diez mil

(4) Debía confirmarla yo (cuando me veía destituido á desmentirla) E.

(5) Estas terceras causas no dieron nunca mas que pesados chascos á mi buena fortuna. E.

(6) Es ser afortunado y vencer como Papa. G.

turcos, los que, acabada la guerra, no quisieron ya salir de ello (7); y fué el principio de la sujeción de los griegos al yugo de los infieles (8).

Únicamente el que no quiere estar habilitado para vencer (9), es capaz de valerse de semejantes armas, que miro como mucho más peligrosas que las mercenarias. Cuando son vencidas, no quedan por ello todas menos unidas, y dispuestas á obedecer á otros que á tí; en vez de que las mercenarias, después de la victoria, tienen necesidad de una ocasión más favorable para atacarte, porque no forman todas un mismo cuerpo; por otra parte, hallándose reunidas y pagadas por tí, el tercero á quien has conferido el mando suyo no puede tan pronto adquirir bastante autoridad sobre ellas para disponerlas inmediatamente á atacarte. Si la cobardía es lo que debe temerse más en las tropas mercenarias, lo más temible en las auxiliares es la valentía (10).

Un Príncipe sabio evitó siempre valerse de unas y otras; y recurrió á sus propias armas, prefiriendo perder con ellas, á vencer con las ajenas. No miró jamás como una victoria real lo que se gana con las

[7] Por cierto haremos lo mismo en Italia, en la que no entramos mas que echando á los coligados. G.

[8] Le ha ido mucho mejor á la Italia con ello. R. I.

[9] ¡Necio! ¿Puede haber otros de esta fuerza? G.

[10] Sublime, y de una suma profundidad. R. I.

armas de los otros. No titubearé nunca (11) en citar, sobre esta materia, á César Borgia, y conducta suya, en semejante caso. Entró este Duque con armas auxiliares en la Romaña, conduciendo á ella las tropas francesas con que tomó Imola y Forli (12); pero no pareciéndole bien pronto seguras semejantes armas, y juzgando que había menos riesgo en servirse de las mercenarias, tomó á su sueldo las de los Ursinos y Vitelis. Hallando después que estos obraban de un modo sospechoso, infiel y peligroso, se deshizo de ellas, recurrió á unas armas que fuesen suyas propias (13).

Podemos juzgar fácilmente de la diferencia que hubo entre la reputación del Duque César Borgia, sostenido por los Ursinos y Vitelis, y la que él se granjeó luego que se hubo quedado con sus propios soldados, no apoyándose mas que sobre sí mismo. Se hallará, está muy superior á la precedente. No fué bien apreciado bajo el afecto militar, mas que cuando se vió que él era enteramente poseedor de las armas que empleaba.

(11) ¡Ah! ¿por qué titubearías? ¿por qué no apreciabas sus prendas morales, y que le odiaban muchos tontos, pero qué hace esto en la política? G.

(12) ¿Qué no se toma con estas tropas? ¿pero se conserva tan fácilmente? G.

(13) Siempre éstas antes de todas las otras. G.

Aunque no he querido desviarme de los ejemplos italianos tomados en una era inmediata á la nuestra, no olvidaré por ello á Hieron de Siracusa, del que tengo yo hecha mención anteriormente [14]. Desde que fué elegido por los siracusanos para jefe de su ejército, como lo he dicho, conoció al punto que no era útil la tropa mercenaria, porque sus jefes eran lo que fueron en lo sucesivo los capitanes de Italia. Creyendo que él no podía conservarlos, ni retirarlos, tomó la resolución de destrozarlos (15); hizo después la guerra con sus propias armas y nunca ya con las ajenas [16].

Quiero traer á la memoria todavía un hecho del Antiguo Testamento, que tiene relación con mi materia [17]. Ofreciendo David á Saul ir á pelear contra el filisteo Goliat, Saul, para darle alientos, le revistió con su armadura real; pero David, después de habérsela puesto, la desechó diciendo que cargado así no podía servirse libremente de sus propias fuerzas, y que gustaba más de acometer con

(14) Maquiavelo me hace la corte haciendo nueva mención de este héroe de mi genealogía. G.

(15) Feliz en haberlo podido, y más todavía en haberlo hecho. R. I.

(16) No conviene nunca, pasar por deber la menor cosa de su gloria y poder, á otros más que á sí mismo. G.

(17) La elección de este ejemplo es una simpleza. G.

su honda y cuchillo al enemigo (a). En suma, si tomas las armaduras ajenas, ó ellas se te caen de los hombros (b), ó te pesan mucho, ó te aprietan y embarazan.

Carlos VII, padre de Luis XI, habiendo librado con su valor y fortuna la Francia de la presencia de los ingleses, conoció la necesidad de tener armas que fuesen suyas [18]; y quiso que hubiera caballería é infantería en su reino. El Rey Luis XI, su hijo, suprimió la infantería y tomó á su sueldo suizos [19]. Imitada esta falta por sus sucesores, es ahora, como lo vemos [en el año de 1613] la causa

(18) Necesitan del tiempo y funestas experiencias, para comprenderlo que les es indispensable. E.

(19) ¡El necio! Pero á veces, no, todo su consejo estaba en su cabeza; miraba la Francia como un prado que él podía segar todos los años, y tan á raíz como quisiera. Tuvo también su hombre de Saint-Jean d'Angeli, y se condujo harto bien en el negocio de Odet. R. C.

a. No sé por qué Maquiavelo da un cuchillo á David, que no quería mas que su palo, piedras y honda (1 Reg. 17). Por esta palabra *cuchillo*, sin duda quiere designar una cuchilla, de la forma de nuestros antiguos cuchillos de caza, pero el texto sagrado dice que David no llevaba ninguno, y que se sirvió del mismo de Goliat para cortarle la cabeza.

b. Amelot de la Houssaie quiso mostrarse inteligente en elegancia de estilo, cuando dijo aquí que la expresión, *caen de los hombros*, "no tiene gracia ni fuego en nuestra lengua." Había olvidado que los guerreros del tiempo de Maquiavelo iban cubiertos con armaduras de hierro, cuando se sabe que cada uno tenía la suya hecha á la medida de su cuerpo, se halla que las tres alusiones de nuestro autor son tan agradables como exactas.

de los peligros en que se halla el reino. Dando alguna reputación á los suizos, desalentó su propio ejército; y suprimiendo enteramente la infantería, hizo dependiente de las armas ajenas su propia caballería, que, acostumbrada á pelear con el socorro de los suizos, cree no poder ya vencer sin ellos (20). Resulta de ello que los franceses no bastaron para pelear contra los suizos, y que sin ellos no intentan nada contra los otros.

Los ejércitos de la Francia se compusieron pues en parte, de sus propias armas, y en parte de las mercenarias. Reunidas las unas y otras, valen más que si no hubiera mas que mercenarias ó auxiliares; pero un ejército así formado es inferior con mucho á lo que él sería, si se compusiera de armas francesas únicamente (21). Este ejemplo basta, porque el reino de Francia sería invencible, si se hubiera acrecentado ó conservado solamente la institución militar de Carlos VII (22). Pero á menudo una cierta cosa que los hombres de una mediana prudencia establecen, con motivo de algún bien que ella promete, esconde en sí misma un funestísimo

(20) ¡Qué diferencia! No hay ni siquiera un soldado mío que no crea poder vencer por sí solo. R. I.

(21) En una grandísima parte. G.

(22) Ella lo está, porque le he dado otras muchas mejores todavía. R. I.

veneno, como lo dije antes hablando de las fiebres tísicas. Así pues, el que, estando al frente de un principado, no descubre el mal en su raíz, ni le conoce hasta que él se manifiesta, no es verdaderamente sabio. Pero está acordada á pocos príncipes esta perspicacia (23).

Si se quiere subir al origen de la ruina del imperio romano, se descubrirá que ella trae su fecha de la época en que él se puso á tomar godos á su sueldo, porque desde entonces comenzaron á enervarse sus fuerzas (24); y cuanto vigor se le hacía perder se convertía en provecho de ellos.

Concluyo que ningún principado puede estar seguro, cuando no tiene armas que le pertenezcan en propiedad (25). Hay más: depende él enteramente de la suerte, porque carece del valor que sería necesario para defenderle en la adversidad. La opinión y máxima de los políticos sabios fué siempre, que ninguna cosa es tan débil, tan vacilante, como la reputación de una potencia que no está fundada sobre sus propias fuerzas (c).

(23) Aun en este siglo de tantas luces... E.

(24) Lo mismo juzgaré la primera vez que leí, niño todavía, la historia de esta decadencia. G.

(25) Las vuestras no son vuestras, sino mías. E.

c Tácito decía: *Nihil rerum mortatium non instabile et fluxum est, fama potentioe, non suá vi nixoe*: "Entre las cosas perecede-

Las propias son las que se componen de los soldados, ciudadanos, ó hechuras del Príncipe: todas las demás son mercenarias ó auxiliares (26). El modo para formarse armas propias, será fácil de hallar (27), si se examinan las instituciones de que hablé antes, y si se considera cómo Filipo, padre de Alejandro, igualmente que muchas repúblicas y príncipes, se formaron ejércitos, y los ordenaron. Remito enteramente á sus constituciones para este objeto (28).

(26) Ellos no tienen realmente otras, si aun es que las que tienen, están por ellos. E.

(27) No para ellos, á lo menos tan pronto. E.

(28) Está bien; pero es posible todavía mejor referirse á mí. R. C.

ras, no hay ninguna de tan poca estabilidad, y vacilante, como la reputación de una potencia que no está apoyada sobre su propia fuerza." (*Ann.* 13).

CAPITULO XIV

DE LAS OBLIGACIONES DEL PRÍNCIPE EN LO CONCERNIENTE AL ARTE DE LA GUERRA

Un Príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte mas que la guerra, el orden y disciplina de los ejércitos [1], porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda (a). Este arte es de una tan grande utilidad, que él no solamente mantiene en el trono á los que nacieron príncipes, sino que también hace subir con frecuencia á la clase de Príncipe á algunos hombres de una condición privada [2]. Por una razón con-

(1) Dicen que voy á tomar la pluma para escribir mis *Memorias*. ¡Yo! ¡escribir! ¿me tomarían por un bobo? Es ya mucho tiempo que mi hermano Luciano haga versos. El entretenerse en semejantes puerilidades, es renunciar de reinar.

(2) He mostrado uno y otro. R. I.

d. Un Rey de Tracia, según refiere Tácito, decía que si él conociera el oficio de la guerra, no se diferenciara nada de su palafrenero; y Nerón, en sus días de sabiduría, haciendo anticipadamente su plan gubernativo, decía que él no se mezclaría en otra cosa que en mandar los ejércitos. (*Ann.* 15).

traria, sucedió que varios príncipes, que se ocupaban más en las delicias de la vida que en las cosas militares, perdieron sus Estados (3). La primera causa que te haría perder el tuyo, sería abandonar el arte de la guerra: como la causa que hace adquirir un principado al que no le tenía, es sobresalir en este arte, mostróse superior en ello Francisco Sforzia, por el solo hecho de que, no siendo mas que un simple particular, llegó á ser Duque de Milán (4); y sus hijos, por haber evitado las fatigas é incomodidades de la profesión de las armas, de duques que ellos eran, pasaron á ser simples particulares con esta diferencia (5).

Entre las demás raíces del mal que te acaecerá, si por tí mismo no ejerces el oficio de las armas, debes contar el menosprecio que habrán concebido para con tu persona (6): lo que es una de aquellas infamias de que el Príncipe debe preservarse, como se dirá más adelante al hablar de aquellas á las que se propasa él con utilidad. Entre el que es guerrero y el que no lo es, no hay ninguna proporción. La razón nos dice que el sujeto que se halla armado,

(3) Es indefectible. E.

(4) ¡Y yo pues! E.

(5) Como ellos bien pronto. E.

(6) La espada y charreteras no preservan de él cuando no hay mas que esto. R. I.

no obedece con gusto á cualquiera que sea desarmado (7); y que el amo que está desarmado, no puede vivir seguro entre sirvientes armados (8). Con el desdén que está en el corazón del uno, y la sospecha que el ánimo del otro abriga, no es posible que ellos hagan juntos buenas operaciones (9).

Además de las otras calamidades que se atrae un Príncipe que no entiende nada de la guerra, hay la de no poder ser estimado de sus soldados, ni fiarse de ellos (10). El Príncipe no debe cesar pues, jamás, de pensar en el ejercicio de las armas, y en los tiempos de paz, debe darse á ellas todavía más que en los de guerra (b). Puede hacerlo de dos modos: el uno con acciones, y el otro con pensamientos (c).

(7) ¿No lo veis, pues? E.

(8) ¡Y creen estarlo! E.

(9) Aun cuando yo no me mezclara en ello. E.

(10) ¡Maquiavelo! ¡Qué secreto les revelas! pero no te leen ni leyeron jamás. E.

b. Casio, Gobernador de Siria, aun cuando se estaba en paz, hacía, según el antiguo uso, ejercitar sus legiones, y se conducía en todo como si fuera á atacarle algún enemigo: *Quantum sine bello dabatur, revocare priscum morem, exercitare legiones, curá, provisú, perindé agere ac si hostis ingrueret* (Tácit., *Ann.* 12).

c. Scipión, según refiere Velejo Patérculo, distribuía todo su tiempo entre los ejercicios de la paz y la guerra; estaba ocupado siempre en las armas y el estudio, formando su cuerpo en los peligros y su espíritu en la ciencia: *Neque quisquam hoc Scipione elegantius intervalla negotiorum otio dispunxit: semperque aut belli, aut pacis servivit artibus: semper inter arma ac studia versatus, aut corpus periculis, aut animum disciplinis exercuit.* (Hist. 1).

En cuanto á sus acciones, debe no solamente tener bien ordenadas y ejercitadas sus tropas, sino también ir con frecuencia á caza, con la que, por una parte, acostumbra su cuerpo á la fatiga, y por otra, aprende á conocer la calidad de los sitios, el declive de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, la naturaleza de los ríos, la de las lagunas. Es un estudio en el que debe poner la mayor atención (11).

Estos conocimientos le son útiles de dos modos. En primer lugar, dándole á conocer bien su país, le ponen en proporción de defenderle mejor; y, además, cuando él ha conocido y frecuentado bien los sitios, comprende fácilmente, por analogía, lo que debe ser otro país que él no tiene á la vista, y en el que no tenga operaciones militares que combinar. Las colinas, valles, llanuras, ríos y lagunas que hay en la Toscana, tienen con los de los otros países, una cierta semejanza que hace que, por medio del conocimiento de una provincia, se pueden conocer fácilmente las otras (12).

El Príncipe que carece de esta ciencia práctica, no posee el primero de los talentos necesarios á un capitán, porque ella enseña á hallar al enemigo, á

(11) Me he aprovechado de los consejos. R. I.

(12) Añádanse á esto buenas cartas topográficas. G.

tomar alojamiento, á conducir los ejércitos, á dirigir las batallas, á talar un territorio con acierto (13). Entre las alabanzas que los escritores dieron á Filopemenes, Rey de los acayos, es la de no haber pensado nunca, aun en tiempo de paz, mas que en los diversos modos de hacer la guerra (14). Cuando él se paseaba con sus amigos por el campo, se paraba con frecuencia, y discurría con ellos sobre este objeto, diciendo: «Si los enemigos estuvieran en aquella colina inmediata, y que nos halláramos aquí con nuestro ejército, ¿cuál de ellos ó nosotros tendría la superioridad? ¿Cómo se podría ir seguramente contra ellos, observando las reglas de la táctica? ¿Cómo convendría darles el alcance, si se retiraran?» (15) Les proponía, andando, todos los casos en que puede hallarse un ejército, oía sus pareceres, decía el suyo, y le corroboraba con buenas razones; de modo que teniendo continuamente ocupado su ánimo en lo que concierne al arte de la guerra, nunca conduciendo sus ejércitos, había sido sor-

(13) ¿Me he aprovechado bien de tus consejos? G.

(14) En ella pienso, aun durmiendo, si sin embargo duermo á veces. G.

(15) ¡Cuántas veces he hecho lo mismo, después de mi juventud! R. I.

prendido por un accidente para el que él no hubiera preparado el conducente remedio (16).

El Príncipe, para ejercitar su espíritu, debe leer las historias (17); y, al contemplar las acciones de los varones insignes, debe notar particularmente cómo se condujeron ellos en las guerras, examinar las causas de sus victorias, á fin de conseguirlas él mismo; y las de sus pérdidas, á fin de no experimentarlas. Debe, sobre todo, como hicieron ellos, escogerse, entre los antiguos héroes cuya gloria se celebró más, un modelo cuyas acciones y proezas estén presentes siempre en su ánimo (18). Así como Alejandro Magno imitaba á Aquiles, César seguía á Alejandro, y Scipión caminaba tras las huellas de Ciro. Cualquiera que lea la vida de este último, escrita por Xenofonte, reconocerá después en la de Scipión, cuánta gloria le resultó á éste de haberse propuesto á Ciro por modelo; y cuán semejante se hizo, por otra parte, con su continencia, afabilidad, humanidad y liberalidad, á Ciro, según lo que Xenofonte nos refirió de él (19).

(16) No se preven nunca todos; pero se halla de repente el remedio, por más que cueste. G.

(17) ¡Desgraciado el estadista que no las lee! E.

(18) ¿Por qué no tomar mas que uno, el que quiere ser mayor que todos? Carlo Magno me ha acomodado, pero César, Atila, Tamerlán, no son de despreciar. G.

(19) Necia observación. G.

Estas son las reglas que un Príncipe sabio debe observar. Tan lejos de permanecer ocioso en tiempo de paz, fórmese entonces un copioso caudal de recursos que puedan serle de provecho en la adversidad, á fin de que si la fortuna se le vuelve contraria, le halle dispuesto á resistirse á ella.

CAPITULO XV

DE LAS COSAS POR LAS QUE LOS HOMBRES, Y ESPECIALMENTE LOS PRÍNCIPES, SON ALABADOS
Ó CENSURADOS

Nos resta ahora ver cómo debe conducirse un Príncipe con sus gobernados y amigos. Muchos escribieron ya sobre esta materia; y al tratarla yo mismo después de ellos, no incurriré en el cargo de presunción, supuesto que no hablaré mas que con arreglo á lo que sobre esto dijeron ellos (1). Siendo mi fin escribir una cosa útil para quien la comprende, he tenido por más conducente seguir la verdad real de la materia (2), que los desvaríos de la imaginación en lo relativo á ella (3); porque muchos imaginaron repúblicas y principados que no se

(1) Primera advertencia que ha de hacerse, para comprender bien á Maquiavelo. R. C.

(2) En todo, ver las cosas como ellas son. R. C.

(3) Los de Platón no valen casi más en la práctica que los de Juan Jacobo. R. C.

vieron ni existieron nunca (4). Hay tanta distancia entre saber cómo viven los hombres y saber cómo deberían vivir ellos, que el que, para gobernarlos, abandona el estudio de lo que se hace, para estudiar lo que sería más conveniente hacerse, aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarle de ella, supuesto que un Príncipe que en todo quiere hacer profesión de ser bueno, cuando en el hecho está rodeado *de gentes que no lo son* (5), no puede menos de caminar hacia su ruina. Es, pues, necesario que un Príncipe que desea mantenerse, aprenda á poder no ser bueno, y á servirse ó no servirse de esta facultad, según que las circunstancias lo exijan (6).

Dejando pues á un lado las cosas imaginarias en lo concerniente á los Estados, y no hablando mas que de las que son verdaderas, digo que cuantos hombres hacen hablar de sí, y especialmente los príncipes porque están colocados en mayor altura que los demás, se distingue con alguna de aquellas prendas

(4) Con arreglo á ellos juzgan los visionarios de moral y filosofía á los estadistas. R. C.

(5) Si todos no son malos, los que lo son tienen recursos y una actividad que hacen como si todos lo fueran. Los más perversos son á menudo los que, á tu lado, aparentan ser los mejores. R. I.

(6) Se dirá lo que se quiera; lo esencial es mantenerse y conservar el buen orden del Estado. R. C.

patentes, de las que más atraen la censura, y otras la alabanza. El uno es mirado como liberal, el otro como *miserable*: en lo que me sirvo de una expresión toscana, en vez de emplear la palabra *avaro*; porque en nuestra lengua, un avaro es también el que tira á enriquecerse con rapiñas; y llamamos *miserable*, á aquel únicamente que se abstiene de hacer uso de lo que él posee. Y para continuar mi enumeración, añado: éste pasa por dar con gusto, aquel por ser rapaz; el uno se reputa como cruel, el otro tiene la fama de ser compasivo; éste pasa por carecer de fe, aquel por ser fiel en sus promesas; el uno por afeminado y pusilánime, el otro por valeroso y feroz; tal por humano, cual por soberbio; uno por lascivo, otro por casto; éste por franco, aquel por artificioso; el uno por duro, el otro por dulce y flexible; éste por grave, aquel por ligero; uno por religioso, otro por incrédulo, etc., etc. [7]

No habría cosa más loable, que un Príncipe que estuviera dotado de cuantas buenas prendas [8] he entremezclado con las malas que les son opuestas; cada uno convendrá en ello, lo sé. Pero como uno no puede tenerlas todas, y ni aun ponerlas perfec-

(7) Escoged si lo podeis. R. C.

[8] Sí, como Luis XVI; pero también acaba perdiendo uno su reino y cabeza. R. I.

tamente en práctica, porque la condición humana no lo permite (a), es necesario que el Príncipe sea bastante prudente para evitar la infamia de los vicios que le harían perder su principado; y aun para preservarse, si lo puede, de los que no se lo harían perder [9]; si, no obstante esto, no se abstuviera de los últimos, estaría obligado á menos reserva abandonándose á ellos [10]. Pero no tema incurrir en la infamia ajena á ciertos vicios (b), si no puede fácilmente sin ellos conservar su Estado; porque si se pesa bien todo, hay una cierta cosa que parecerá ser una virtud, por ejemplo, la bondad, clemencia, y que si la observas, formará tu ruina, mientras que otra cierta cosa que parecerá un vicio, formará tu seguridad y bienestar si la practicas (c).

[9] Consejo de moralista. R. I.

[10] En cuanto á esto me burlo del *qué dirán*. R. I.

a. *Adhuc nemo exilit, dice Plinio el joven, cujus virtutes nullo vitiorum confinio laederentur*: "No existieron casi virtudes que no estuvieran inmediatas á algún vicio, y experimentarían algunos asaltos de él." (*Paneg.*)

b. Según la expresión de los moralistas; pero el sentido de Maquiavelo es el de Montesquieu, que dijo: No todos los vicios políticos lo son morales, como ni tampoco los morales lo son políticos. (*Espíritu de las Leyes*, lib. 19, c. 11).

c. Amelot de la Houssaie nota, con este motivo, que hay vicios que no le impiden á un Príncipe el reinar bien y ser un buen Príncipe. "Salomón, continúa, estaba sujeto á las mujeres, Trajano al vino, etc." Es menester distinguir en los Príncipes, entre la vida doméstica y la pública, entre las virtudes regias y las privadas. Y así lo entiende Tácito, cuando dice: *Palám laudares, se-*

creta malé audiebant; le alabaríais en público, y no aprobaríais lo que él hace en secreto (*Hist.* 1). Es siempre loable el obrar bien, pero en la política no se saca utilidad siempre de ello. Una cierta cosa es conforme á la razón, pero no á la experiencia; y, por consiguiente, es preciso que el Príncipe, para hacer lo que debe, se acomode á las necsidades de los negocios, y haga en bien de su Estado lo que él no haría ni debería hacer, si no fuera mas que simple particular: *Morem accommodari, prout conducat* (Tácito, *Ann.* 12). Pero que el Príncipe sea eminentemente virtuoso cuando conviene serlo: *Quoties expediebat, magnoe virtutis* (Id., *Hist.* 1). Debe saber cuando está bien en moral; pero no es siempre oportuno que lo ejecute: *Omnia scire, non omnia exequi* (Id., *in Agrícola*).